

quo fuese suprimido el garito abierto en un Casino de esta Capital, suceso que comentamos en este mismo número, concluye con la siguiente nota:

«*Dato curioso.* Un señor Canacho estuvo en nuestra Redacción á participarnos que el Casino dejaba la subscripción de EL UNIVERSAL.»

En efecto es curioso ese dato que descubre una deformidad social. El Casino, como otras muchas personas de nivel intelectual rudimentario, tuvo quizá la pretensión de que la cantidad mensual de la subscripción que pagaba, era una subvención que produciría el efecto de amordazar á una empresa periodística que se consagra á la defensa de los intereses públicos. Esa pretensión sería acromonte consurable, si no fuese soberanamente ridícula y necia.

No creemos que ese sea un rasgo de susceptibilidad del Casino mencionado. No es susceptibilidad, porque no creemos que conozca esa cualidad quien, burlando la ley, ejercita actos punibles, pues el juego, conforme á nuestra legislación positiva, es un delito. Ha sido más bien un arranque de despecho y una venganza tonta, como si nuestro colega pareciera por la carencia de la insignificante cantidad que el Casino hacía entrar á las cajas de *El Universal*.

Hasta en estos detalles se descubre la deficiencia de nuestro estado social.

Desigualdad repugnante.

Mucho, y en diferentes tonos, ha hablado la prensa de la Capital sobre la deficiente gestión del actual Presidente del Ayuntamiento, Sr. de Landa y Escandón, perteneciente al grupo insubstancial ó inútil de la aristocracia mediocre que se exhibe en una puerta cochera de la calle de San Francisco. Nosotros también participamos de la opinión de nuestros colegas. Creemos que sientan mal en un puesto popular por excelencia, las erguidas personalidades que alardean de blasonadas prosapias. Nuestra linajuda aristocracia, jamás ha

producido actos democráticos fecundos en resultados plausibles. Se ha reducido á la vejativa vida muella de una aparatosa elegancia y á la celebración de festivales religiosos en honor de Iturbide y de responsos dedicados á la quietud del alma de Maximiliano.

Acaba de darnos el Sr. de Landa y Escandón, un ejemplo de su odio á la democracia.

Los alumnos de las Escuelas Nacionales han formado un Comité de Estudiantes. Han deseado dichos jóvenes solemnizar debidamente el aniversario de la promulgación de nuestra Carta Magna y al efecto organizan una velada que se efectuará en la Cámara de Diputados. Tropezaron con grandes dificultades para el adorno del salón. Los bolsillos estudiantiles no se han distinguido por su abundancia, y acordaron ocurrir al Sr. de Landa y Escandón para pedirle les proporcionase algunos adornos y plantas pertenecientes á la Corporación Municipal. El Sr. de Landa se negó á ello, disculpando su negativa con un acuerdo de Cabildo que prohibe esos préstamos á las sociedades privadas.

Bien. El acuerdo de Cabildo existe; pero el Sr. de Landa y Escandón lo ha burlado alguna vez, no hace mucho tiempo. El Jockey Club, nombre pedestre para una agrupación aristócrata, obsequió la última noche del siglo pasado con un baile á la esposa del Presidente de la República, y para ese baile, el Sr. de Landa y Escandón proporcionó las plantas del Jardín de Propagación de Chapultepec, de propiedad Municipal amparada por el acuerdo de Cabildo, para adornar el patio y los salones del Jockey Club.

¿Qué significa esta desigualdad repugnante? ¿El Sr. de Landa y Escandón burla y respeta á su antojo el acuerdo de Cabildo, según las circunstancias? Del baile anodino del 31 de diciembre, al festival democrático de los alumnos de las Escuelas, preferimos lo segundo. Aquél representa un derroche que no tiene más significación que un acto adulatorio. Este significa el ejercicio sano de los principios liberales y democráticos. Aquél fué un pa-